

Moralidades actuales

Rafael Barrett

Índice

El caso Barrett. Gregorio Morán	7
---------------------------------------	---

Moralidades actuales

I. El esfuerzo	23
II. Lotería	27
III. Buenos Aires	30
IV. Mi hijo	34
V. La China y el opio	36
VI. Un monstruo	39
VII. El cinematógrafo	43
VIII. Lynch	46
IX. De sport	49
X. La lucha	53
XI. Los colmillos de la raza blanca	56
XII. La huelga	59
XIII. De pintura	62
XIV. Represalias evangélicas	65
XV. El robo	69

xvi. La conquista de Inglaterra	72
xvii. Diplomacia	76
xviii. La elocuencia	79
xix. La dinamita	83
xx. La justicia	86
xxi. Los niños	90
xxii. El que fue	93
xxiii. La ruleta	97
xxiv. La gloria	100
xxv. Pasionales	104
xxvi. La regla	110
xxvii. Deudas	112
xxviii. La nodriza del infante	116
xxix. Marruecos	120
xxx. El bandido generoso	125
xxxi. Fecundidad	129
xxxii. Zola	133
xxxiii. El caso Nakens	136
xxxiv. La divina jornada	141
xxxv. Silvio Pellico	146
xxxvi. El piano	150
xxxvii. La piedra y el hierro	156
xxxviii. Una visita	161
xxxix. El río invisible	166

XL. La sirvienta	170
XLI. Lo viejo y lo nuevo	175
XLII. El zorzal	179
XLIII. Acto de esperanza	184
XLIV. El milagro	187
XLV. El uniforme	189
XLVI. El padre Gonzalo	192
XLVII. La guillotina	197
XLVIII. Decadencia	200
XLIX. Las máquinas de matar	205
L. El porno cinematográfico	209
LI. Dorando	212
LII. Propinas	216
LIII. La policía	221
LIV. El niño y el rey	224
LV. La barba del presidente	227
LVI. Reflexiones	229
LVII. La muñeca	237
LVIII. Año nuevo	241
LIX. El duelo	244
LX. El cataclismo	248
LXI. Un Dios que se va	251
LXII. Jabón para la soga	255
LXIII. La aparición	258

LXIV. El juramento	261
LXV. Deibler	265
LXVI. El loco	269
LXVII. La conquista del cielo	272
LXVIII. Tragedias baladíes	276
LXIX. Alcoholismo	280
LXX. La sirena	285
LXXI. <i>Casus belli</i>	289
LXXII. El beso y la muerte	294
LXXIII. Don Tancredo	298
LXXIV. El carnaval	302
LXXV. El anarquismo en la Argentina	306
LXXVI. Psicología del periodismo	310
LXXVII. El derecho a la huelga	315
LXXVIII. Marcar el paso	319
LXXIX. La independencia de Cataluña	322
LXXX. Suicidas anónimos	326
LXXXI. La plegaria del burro	330
LXXXII. Abdul-Hamid	334
LXXXIII. La gran cuestión	338
LXXXIV. «Me voy...»	342
LXXXV. La beneficencia	346
LXXXVI. Intelectual	350
LXXXVII. Una valiente	353

LXXXVIII. Insubordinación	358
LXXXIX. La obra que salva	362

El caso Barrett

Gregorio Morán¹

TODO LO QUE SE refiere a Rafael Barrett resulta una anomalía. Su vida, su obra, su trayectoria como escritor, su prestigio, su olvido, su posteridad. Todo es anómalo, todo es singular y hasta alcanza lo disparatado. No es un caso insólito en la historia de la literatura española, pero sí resulta probablemente el más llamativo. No es fácil acumular tal cantidad de singularidades en un personaje que no llegó a cumplir los 35 años; de ahí la importancia de su biografía para alumbrar su obra.

En la biografía de Barrett se agolpan las situaciones más inverosímiles junto a los encuentros más extraordinarios, lo que conforma una peripecia vital que le convertirá en leyenda y que es inseparable de su obra literaria. Una y otra, vida y obra, están ensambladas sobre un entramado intelectual que va a tener dos constantes: radicalidad y coherencia. Barrett será

1 Autor de *Asombro y búsqueda de Rafael Barrett*. Anagrama. 2007.

un radical de una coherencia insobornable, un desvelador de las raíces de las cosas.

Pero radicalidad y coherencia son elementos que por muy arraigados que estén no predisponen a la literatura. Para eso se necesita algo más, y en su caso ese algo va a ser la cultura y la voluntad de estilo. Barrett se perfilará, en los apenas seis años de producción intelectual, como un escritor que alcanza la excelencia gracias a su dominio de la lengua y a una cultura superior, tan rara entonces como ahora, puestas ambas —lenguaje y cultura— como sustento de una reflexión revolucionaria sobre la sociedad, a la que será fiel hasta el fin de sus días. Se podría decir, sin exagerar, que en la literatura española que se asienta en los periódicos hay dos jalones: uno que inaugura la prosa periodística del siglo XIX, Mariano José de Larra, y otro que hace algo similar recién iniciado el XX: Rafael Barrett.

Rafael Barrett Álvarez de Toledo desarrolló su tan breve como intensa obra en Paraguay, con estadías en Buenos Aires y Montevideo, para morir en París cuando se cerraba el año 1910. Fallecería unas semanas después del hombre que más admiraba como escritor y como persona, Leon Tolstoi. Había nacido en Torrelavega (Cantabria) en enero de 1876, en el seno de una familia acomodada; su padre, ciudadano británico —George Barrett Clarke—, y su madre María del

Carmen Álvarez de Toledo y Toraño, adscrita a la vieja nobleza, descendiente de la casa de Alba. Se matricula en la Universidad de Madrid con la pretensión de hacer la carrera de ingeniero en un momento donde se da la coincidencia de tener como profesor de matemáticas al dramaturgo más prestigioso en la España de la época, José Echegaray (Premio Nobel en 1904).

Aún conocemos poco y a retazos sobre la formación de Barrett en el Madrid de finales del siglo XIX. Que frecuentaba las tertulias, en especial la de Valle Inclán, por el que siempre sentirá una admiración justificada como maestro en el manejo de la lengua y como personaje estelar de la bohemia. También aparece fugazmente en las memorias de Pío Baroja y los recuerdos de Cansinos Assens. Compartió amistad con notorios escritores de entonces, a la sazón en posiciones radicales, como Ramiro de Maeztu y Manuel Bueno. Sabemos también que frecuentaba los conciertos y que llevaba una vida de señorito modernista con posibles, todo muy de la época y según marcan los cánones. Pero un incidente, que hoy juzgaríamos demencial, dará al traste con lo que hasta entonces era su vida, y le convertirá en esa otra persona que hoy conocemos como el gran escritor Rafael Barrett.

La solicitud de ingreso en el club más selectivo y conservador de la capital de España, la Gran Peña del

I
El esfuerzo²

LA VIDA ES UN arma. ¿Dónde herir, sobre qué obstáculo crisper nuestros músculos, de qué cumbre colgar nuestros deseos? ¿Será mejor gastarnos de un golpe y morir la muerte ardiente de la bala aplastada contra el muro o envejecer en el camino sin término y sobrevivir a la esperanza? Las fuerzas que el destino olvidó un instante en nuestras manos son fuerzas de tempestad. Para el que tiene los ojos abiertos y el oído en guardia, para el que se ha incorporado una vez sobre la carne, la realidad es angustia. Gemidos de agonía y

2 La presente edición de *Moralidades actuales* sigue el texto publicado en 1919 por Editorial América, de Madrid, en la colección «Biblioteca Andrés Bello». Se ha actualizado la ortografía de algunas palabras (principalmente en lo que respecta a las normas actuales de acentuación) y se ha respetado la grafía original de voces que en la actualidad se escriben de otra forma, así como los usos lingüísticos de Rafael Barrett. Se han corregido algunas erratas y se ha procurado no incluir ninguna nueva. (N. del e.)

clamores de triunfo nos llaman en la noche. Nuestras pasiones, como una jauría impaciente, olfatean el peligro y la gloria. Nos adivinamos dueños de lo imposible, y nuestro espíritu ávido se desgarrar.

Poner el pie en la playa virgen, agitar lo maravilloso que duerme, sentir el soplo de lo desconocido, el estremecimiento de una forma nueva: he aquí lo necesario. Más vale lo horrible que lo viejo. Más vale deformar que repetir. Antes destruir que copiar. Vengan los monstruos si son jóvenes. El mal es lo que vamos dejando a nuestras espaldas. La belleza es el misterio que nace. Y ese hecho sublime, el advenimiento de lo que jamás existió, debe verificarse en las profundidades de nuestro ser. Dioses de un minuto, qué nos importan los martirios de la jornada, qué importa el desenlace negro si podemos contestar a la naturaleza: —¡No me creaste un vaso!

Es preciso que el hombre se mire y se diga: —Soy una herramienta. Traigamos a nuestra alma el sentimiento familiar del trabajo silencioso, y admiremos en ella la hermosura del mundo. Somos un medio, sí, pero el fin es grande. Somos chispas fugitivas de una prodigiosa hoguera. La majestad del Universo brilla sobre nosotros, y vuelve sagrado nuestro esfuerzo humilde. Por poco que seamos, lo seremos todo si nos entregamos por entero.

II Lotería

EN LA ARGENTINA, EN el Uruguay, en España, llueven los millones. El Estado talla, traficando con la corrupción pública. ¿Por qué no monopoliza también el alquiler y venta de mujeres? La prostitución daría grandes entradas al Erario, y afianzaría el Poder Administrativo. El gobierno es tanto más sólido cuanto más débiles y viciosos son los ciudadanos.

No seamos injustos con el vicio, que suele llevar consigo gérmenes de poesía. La degradación no está reñida con el ensueño. Baudelaire sabe que el mal tiene sus flores, y no las menos bellas. En el azar que enriquece o despoja hay una elegante anarquía, un desafío satánico a las leyes económicas. Firmar el contrato de la propia ruina es original; adquirir de pronto una fortuna, sin trabajo y sin mérito, y sin la amenaza del gendarme, es maravilloso, lírico y liberador. Agradecemos a los Ministerios de Hacienda, Casas de Hadas, esa consagración oficial del juego,

Buenos Aires

AL AMANECER, LA TRISTEZA infinita de los primeros espectros verdosos, enormes, sin forma, que se pegan a las altas y sombrías fachadas de la Avenida de Mayo; la vuelta al dolor, la claridad lenta en la llovizna fría y pegajosa que desciende de la inmensidad gris; el cansancio incurable, saliendo crispado y lívido del sueño, del pedazo de muerte con que nos aliviamos un minuto; el húmedo asfalto, interminable, reluciente, el espejo donde todo resbala y huye, los muros mojados y lustrosos, la gran calle pétrea, sudando su indiferencia helada; la soledad donde todavía duermen pozos de tiniebla, donde ya empieza a gusanear el hombre...

Chiquillos extenuados, descalzos, medio desnudos, con el hambre y la ciencia de la vida retratados en sus rostros graves, corren sin alientos, cargados de *Prensas*, corren débiles bestias espoleadas, a distribuir por la ciudad del egoísmo la palabra hipócrita de la democracia y del progreso, alimentada con anuncios de

rematadores. Pasan obreros envejecidos y callosos, la herramienta a la espalda. Son machos fuertes y siniestros, duros a la intemperie y al látigo. Hay en sus ojos un odio tenaz y sarcástico que no se marcha jamás. La mañana se empina poco a poco, y descubre cosas sórdidas y sucias amodorradas en los umbrales, contra el quicio de las puertas. Los mendigos espantan a las ratas y hozan en los montones de inmundicias. Una población harapienta surge del abismo y vaga y roe al pie de los palacios unidos los unos a los otros en la larga perspectiva, gigantescos, mudos, cerrados de arriba abajo, inatacables, inaccesibles.

Allí están guardados los restos del festín de anoche: la pechuga trufada que deshace su pulpa exquisita en el plato de China; el champagne que abandona su baño polar para hervir relámpagos de oro en el tallado cristal de Bohemia. Allí descansan, en nidos de tibios terciopelos, las esmeraldas y los diamantes; allí reposa la ociosidad y sueña la lujuria, acariciadas por el hilo de Holanda, y las sedas de Oriente, y los encajes de Inglaterra; allí se ocultan las delicias y los tesoros todos del mundo. Allí, a un palmo de distancia, palpita la felicidad. Fuera de allí, el horror y la rabia, el desierto y la sed, el miedo, y la angustia, y el suicidio anónimo.

Un viejo se acercó despacio a mi portal. Venía oblicuamente, escudriñando, el suelo. Un gorro pe-

IV
Mi hijo

HACE ALGUNAS HORAS QUE ha nacido; es uno de los seres más jóvenes del universo. Es el más hermoso: su naricilla apenas se ve. Es el más fuerte; temblamos en su presencia, y apenas nos atrevemos a tocarle. Ha nacido y ha llorado; ¡admirable lección, fenómeno extraordinario! Ha bostezado después: ¡inteligencia profunda!

Mama, reuniendo todas sus energías. Ha sabido expresar en un solo gesto los gestos dispersos de la humanidad. Desde que él vino al mundo, el mundo es otro. Un soplo de Primavera refresca las cosas, reanima las marchitas flores y renueva el cielo. Él ha salido a la vida, y ha explicado la vida. Ha abierto los ojos, y ha creado la luz.

Ahora comprendo lo que ha resistido a los esfuerzos de los filósofos. He descubierto que los hombres son buenos, que los crímenes más infames no lo son sino en apariencia. Solo el bien existe. La realidad es

buena; la realidad es feliz. El mal y la desesperación no son más que impaciencia. Todo marcha; todo se arreglará. Mi hijo, promesa infinita, duerme; él salvará a los desgraciados. Es el niño-Dios: los Reyes Magos contemplan su sagrado sueño.

Una probabilidad virgen ha entrado en la tierra. Yo no soy quien la ha traído, no *somos* quien la ha traído. No existo, no *existimos* desde que él nació. Nació y ya no es nuestro hijo, sino hijos suyos nosotros; discípulos y servidores suyos. Nuestro padre, nuestro maestro. Bajó a decirnos lo que ignoramos, lo que escucharemos religiosamente.

Tomo mi pluma para anunciaros la buena nueva, para hacer el elogio de mi hijo. Podéis reiros, no os oigo. Estoy deslumbrado por el Mesías, y no distingo vuestra indiferencia.

¿Indiferencia?, ¡oh no! ¿Qué nos queda, qué queda al destino si no viven nuestros hijos, si no son dioses en nuestro corazón y en nuestra mente? Ellos lo son todo: toda la belleza, toda la verdad, toda la esperanza. Por eso estoy seguro de que festejáis conmigo el nacimiento de nuestro hijo, de nuestro querido hijo que duerme.

La China y el opio

LA EMPERATRIZ MANDA CERRAR los fumadores públicos, atentando así al genio nacional, que es el genio de lo inmutable. En China obrar es copiar, vivir es repetir; un camino nuevo, una nueva idea son algo sacrílego. Esa civilización colosal y complicadísima ha recorrido su cielo, y después de miles y miles de años de oscilaciones y de estremecimientos, ha descendido al punto del equilibrio absoluto. El péndulo ha quedado por fin inmóvil. Hace siglos que en China se ha escrito el último poema, se ha construido el último palacio y se ha dictado la última ley. Todo es definitivo, todo está previsto. El Imperio Celeste es prisionero de un espejo alto y frío, que oculta todos los horizontes bajo la vana imagen del pasado. Y allí esperar no es más que recordar.

El flanco del inmenso continente de sangre se contamina. La tercera parte de la humanidad, amon- tañada en un bloque único, siente sus bordes corroí-

dos por la lepra europea. Construir acorazados, seguir los cursos franceses y alemanes, obligarse a tomar al Occidente sus armas y su ciencia para intentar resistirle, será un adelanto en el Japón; en China ha de ser una enfermedad. Lo que en otros sitios renueva y vivifica, en China pudre. Es que la China es un cuerpo en catalepsia, suspendido al filo del sepulcro. Cambiar para ella equivale a descomponerse; es un mecanismo inexorable aquí solo le está permitido pararse, devorado por el orín. La orilla oriental supura; el odio al extranjero fermenta en las conspiraciones *boxers*, y los escalofríos del tétanos hacen temblar las embajadas.

Puntos de gangrena, apenas perceptibles en la masa enorme. Cada chino es una máquina y continúa siéndole. Se cuenta que habiendo un sastre de Hong Kon recibido unos pantalones viejos con el encargo de hacer otros iguales, reprodujo concienzudamente las manchas y agujeros de la prenda entregada. El reloj de bolsillo constituye para el celeste un juguete encantador. La hora le es indiferente. El disco minuterero, que para el blanco es una rueda veloz sobre el camino sin fin de lo posible y de lo deseable, es para el amarillo un eterno girar, un círculo idéntico donde todo vuelve, donde nada importa la efímera posición de la aguja. Lo que al amarillo maravilla es el monótono y misterioso tic-tac, y se pasa larguísimos ratos escuchándolo

Un monstruo

UN DESCONOCIDO HA REGALADO un millón de liras al papa Pío X. El caso no es nuevo: hace pocos años que la entonces reina regente de España heredó de un tipo análogo respetable fortuna. Victoria de Inglaterra lo mismo, varias veces. Hay individuos que el trono hipnotiza, que nunca agradecen bastante a los reyes el esplendor de su poder y la majestad de sus figuras tradicionales. Deploran no ser bastardos de algún príncipe. Y nada les enorgullecería tanto como prostituir sus esposas o sus hijas en los rincones de los palacios. Serían felices con el cargo cortesano de *porte chaise d'affaires*, en ejercicio bajo los grandes Luises de Francia; este título enigmático designaba un funcionario que, descubierto, espada al cinto y con traje de terciopelo, se encargaba, según cuenta el conde de Hézecques, «de disimular las últimas miserias a que la naturaleza nos obliga». El *porta-silla* entraba al despertar del rey, en cuanto llamaban a la *primera entrada*; pasaba en seguida al guardarropa, cerca del lecho, para ver si no había

algo, en el pequeño mobiliario, que reclamase su vigilancia o su solicitud (L. G. *Hygiene d'autrefois*). Transportar los bacines del monarca es oficio glorioso.

¡Regalar un millón de libras al papa! No a un obispado, a una parroquia, a una orden, a una misión, sino al papa; ni siquiera al papa, al favorito celeste que conferencia con su Dios en el templo más suntuoso de la tierra, sino al hombre de carne y hueso que habita monumentos incomparables, servido por un aristocrático ejército lacayuno: al dichoso capitalista cuyas propiedades constan en el registro y que depositará su millón en el Banco. El incógnito donador sabe que la desesperación conduce a los campesinos rusos al canibalismo; que bajo los puentes de Londres se encuentran cada mañana por docenas los cadáveres de los mendigos; que igual que a fines del siglo xvii existen suelos desolados, «donde el labrador hambriento se echa de bruces, para morder las hierbas que los animales rehúsan», que no faltan madres pordioseras que abrasan a sus hijos los ojos, con nitrato de plata, para enternecer al transeúnte; que no tan solo los miserables, sino los fuertes, el talento y el genio, agonizan bajo el peso de la atrocidad colectiva. ¿Pero qué importa? Lo urgente es regalar un millón a Pío X.

¿Habrán muchos monstruos capaces de obsequiar con un millón al papa? Por muchos que sean, no de-